

conformarse, por su parte, con el plan que había imaginado, cuando el anciano rey, solicitado por Médicis, retiró de pronto su palabra. Sforza procuró informarse de las causas que habían producido este cambio, y supo que la influencia que había vencido a la suya era la de Pedro. Al no poder darse cuenta de los motivos reales que habían dictado esa oposición, vió en ello una liga secreta contra él, atribuyendo este cambio político a la muerte de Lorenzo *el Magnífico*. Por lo demás, cualquiera que fuese esa causa, le perjudicaba visiblemente: Florencia, antigua aliada de Milán, lo abandonaba por Nápoles. El duque de Milán resolvió, pues, echar un contrapeso en la balanza. Reveló a Alejandro la política de Pedro y de Fernando, proponiéndole una alianza defensiva y ofensiva, a la cual juntarían la República de Venecia; intimando al duque Hércules III de Ferrara que se pronunciase por una de las dos alianzas. Alejandro VI, resentido de la conducta de Fernando para con él, aceptó la proposición de Ludovico, firmándose el día 22 de abril de 1493 el acta de la confederación por la cual los nuevos aliados se obligaban a poner en pie de guerra, para mantener la paz pública, un ejército de veinte mil caballos y diez mil infantes.

Fernando vió con cierto temor la formación de esta liga; pero creyó hallar un medio de neutralizar sus efectos despojando a Ludovico de su poder, que, sin ser usurpado aún, se hacía ya demasiado largo, rebasando el término que debía tener, puesto que su nieto Galeazzo había cumplido ya los veintidós años sin que por eso Ludovico dejase de mantener la regencia. Por consiguiente, el duque de Milán fué invitado por Fernando, de un modo terminante, a que resignara el poder soberano en manos de su sobrino, bajo pena de ser declarado usurpador.

Terrible era el golpe, pues se corría el peligro de llevar a Ludovico a una de esas combinaciones políticas que le eran familiares, y ante las cuales jamás retrocedía, por peligrosas que fueran. En efecto; así sucedió. Ludovico *el Moro*, inquietado en la posesión de su ducado, resolvió amenazar a Fernando en la de su reino.

No había cosa más fácil: conociendo el duque de Milán las disposiciones belicosas de Carlos VIII, y no ignorando las pretensiones de la casa de Francia sobre el reino de Nápoles, envió dos embajadores al joven monarca

invitándole a reclamar los derechos de la casa de Anjou, usurpados por la de Aragón; ofreciéndole, para inducirle más en esa empresa lejana y azarosa, un paso fácil y amistoso por sus propios Estados.

Dado el carácter del rey de Francia, semejante proposición no dejaría de ser aceptada; en efecto, ante él y como por encanto, se abría un horizonte magnífico; lo que el duque de Milán le ofrecía, era el dominio del Mediterráneo, el protectorado de toda Italia; era, finalmente, un camino abierto por Nápoles y Venecia que podía conducirle a la conquista de Turquía o de la Tierra Santa, según que se le antojara vengar los desastres de Nicópolis o de Mansurá. La proposición fué, pues, aceptada, y por intermedio del conde Carlos de Belgiojoso y del conde de Cajazzo, por parte del duque de Milán, y del obispo de Saint-Malo y del senescal de Beaucaire, por la del rey de Francia, se firmó una alianza secreta en la que se convino:

Que Carlos VIII intentaría la conquista del reino de Nápoles;

Que Ludovico acompañaría con quinientas lanzas al rey de Francia a través de sus Estados;

Que Ludovico consentiría que el rey de Francia armase en Génova los barcos que quisiera;

Y, finalmente, que Ludovico prestaría a Carlos VIII doscientos mil ducados, pagaderos en el momento de su partida.

Por su parte, el rey de Francia se obligó:

A defender la autoridad personal del duque de Milán en su ducado contra cualquiera que pretendiese despojarle de ella;

A dejar en Asti, ciudad que pertenecía al duque de Orleáns por habérsela legado en herencia su abuela Valentina Visconti, doscientas lanzas francesas, dispuestas siempre para socorrer a la casa de Sforza;

Y a abandonar, finalmente, el principado de Tarento a su aliado tan pronto como hubiese conquistado el reino de Nápoles.

Apenas concluído este tratado, Carlos VIII, al que parecían exageradas sus ventajas para él, pensó en librarse inmediatamente de cuantos obstáculos pudieran retrasar o estorbar su expedición. Precisa era esta precaución, puesto que sus relaciones con las grandes potencias

distaban mucho de ser como él las hubiera podido desear.

En efecto, Enrique VII había desembarcado en Calais con un grueso ejército amenazando a Francia con una nueva invasión.

Los reyes de España, Fernando e Isabel, si no habían contribuido a la caída de la casa de Anjou, habían mantenido, cuando menos, a la rama de Aragón con su dinero y sus tropas.

Finalmente, con la devolución que Carlos VIII hizo de Margarita de Austria, con la que estaba desposado, a Maximiliano, su padre, y con el matrimonio que contrajo con Ana de Bretaña, la guerra con el Rey de romanos había tomado nueva fuerza.

Por el tratado de Etaples (3 de noviembre de 1492), Enrique VII se separó de la alianza que tenía con Maximiliano, obligándose a cesar en sus conquistas.

Este tratado costó a Carlos VIII setecientos cuarenta y cinco mil escudos y el reembolso de los gastos para la guerra de Bretaña.

Por el tratado de Barcelona, firmado el 19 de enero de 1493, los Reyes Católicos quedaron comprometidos a no prestar socorro a su primo Fernando de Nápoles, y a no poner obstáculos a los proyectos de la corte de Francia en Italia.

Al rey de Francia le costó Perpiñán, el condado del Rosellón y la Cerdaña, dados como prenda por la suma de trescientos mil ducados a Luis XI por Juan de Aragón y que Luis no quiso devolverle en la época fijada, mediante la restitución de dicha suma; tanta era la importancia que el viejo zorro real concedía a la posesión de esas puertas abiertas sobre los Pirineos, que él podía cerrar por dentro en caso de guerra.

Para terminar, Maximiliano, por el tratado de Senlis, firmado el día 23 de mayo de 1493, perdonó a Francia la afrenta que había recibido por mano de su rey Carlos VIII.

El rey de Francia cedió, por dicho tratado, los condados de Borgoña, de Artois, de Charlais y la señoría de Noyers, que había recibido con la dote de Margarita, y a más de las ciudades de Aire, Hesdin y Bethune, que se obligó a devolver a Felipe *el Hermoso* tan pronto como llegara a su mayor edad.

Mediante estos sacrificios, quedó el joven monarca en paz con todos sus vecinos, y pudo emprender el proyecto propuesto por el duque de Milán, al cual se lo sugirió, como hemos dicho, la negativa a acceder a su plan de diputación, negativa inspirada por el deseo que Pedro de Médicis sentía de ostentar sus magnificencias y Gentile de pronunciar su discurso.

De modo que, gracias a la vanidad de un profesor y al orgullo de un estudiante iba a verse el mundo removido desde el golfo de Tarento hasta los montes Pirineos.

El papa Alejandro VI, que se encontraba en el centro de ese vasto temblor de tierra, del que Italia no había sentido aún las primeras sacudidas, se aprovechó de la preocupación instintiva de los espíritus para desmentir por primera vez el famoso discurso que hemos reproducido, creando cardenal a Juan Borgia, su primogénito, que durante el pontificado de su antecesor Inocencio VIII había sido nombrado arzobispo de Montreal y gobernador de Roma. Esta promoción, que se acogió sin murmuraciones, teniendo en cuenta los antecedentes del agraciado, fué una especie de ensayo que intentó Alejandro VI, y que, en vista de su buen éxito no tardó en decidirle a dar a César Borgia el arzobispado de Valencia, beneficio de que él había gozado antes de su elevación al pontificado. Pero aquí surgieron las dificultades por parte del que recibía la gracia. Gran trabajo iba a costarle al impetuoso joven, que tenía todos los instintos y todos los vicios de un capitán de *condottieri*, imponerse, aunque sólo fuera en apariencia, las virtudes de un hombre de Iglesia; pero como su mismo padre le había dicho que las altas dignidades seculares estaban reservadas para su hermano mayor, decidióse a aceptar lo que se le daba, temeroso de no obtener otra cosa; sin embargo, su odio contra Juan se acentuó, porque desde entonces era dos veces su rival, en amores y en ambiciones.

De repente, y cuando menos lo esperaba, Alejandro VI vió que el rey Fernando volvía a él; pero demasiado hábil político, el papa no quiso acoger este retorno sin antes conocer las causas de él: pronto supo lo que se tramaba en la corte de Francia contra el reino de Nápoles, y todo se lo explicó.

Entonces fué él quien impuso condiciones.

Pidió la realización del matrimonio de su tercer hijo, Godofredo, con doña Sancha, hija natural de Alfonso, exigiendo que aportara en dote a su esposo el principado de Esquilache y el condado de Cariati, con diez mil ducados de renta, y el cargo de proto-notario, que era uno de los siete grandes oficios de la corona, independientes de la autoridad real.

Pidió para su hijo mayor, creado duque de Gandía por Fernando *el Católico*, el principado de Tricarico, los condados de Chiaramonte, Lauria y Carniola, con doce mil ducados de renta y el primero de los siete grandes oficios que quedara vacante.

Pidió que su embajador ante la corte de Nápoles, Virginio Orsini, se le diera el tercero de esos grandes oficios, que era el de condestable, es decir, el más eminente de todos.

Y, finalmente, que Julián de la Rovère, uno de los cinco cardenales que habían protestado contra su elección y que se hallaba fortificado en Ostia, donde el roble al cual debía su nombre, y que forma sus armas, todavía está esculpido sobre todos los muros, fuese expulsado de la ciudad devolviéndosela a él.

Nada de lo que el papa pidió le fué rehusado.

En cambio, Alejandro VI sólo se obligó a no retirar a la casa de Aragón la investidura del reino de Nápoles que le había sido concedida por sus predecesores. Era pagar excesivamente cara una simple promesa, pero de ella, si la cumplían, dependía la legitimidad del poder de Fernando, porque el reino de Nápoles era un feudo de la Santa Sede. Únicamente Alejandro VI podía pronunciarse sobre la justicia de las pretensiones de cada competidor; de modo que la continuación de esta investidura era de suma importancia para la casa de Aragón, desde el momento en que la de Anjou se alzaba a mano armada para despojarla.

Como se ve, en el corto espacio de tiempo que era papa, no hacía todavía un año, Alejandro VI había adelantado ampliamente en el engrandecimiento de su poder temporal. Es verdad que, personalmente, era el que poseía el más reducido de los territorios italianos; pero, por la alianza de su hija Lucrecia con Juan Sforza, su mano se extendía hasta Venecia, mientras que, por el casamiento de su hi-

jo Godofredo con doña Sancha, y por las concesiones territoriales hechas al duque de Gandía, tocaba con la otra en la extremidad de la Calabria.

Firmado ya este tratado, tan ventajoso para él, y como César se quejase de que siempre se olvidaban de él en el reparto de los favores paternos, le nombró cardenal de Santa María Novella.

Pero como no existía aún ejemplo en la Iglesia de que un bastardo hubiera revestido la púrpura, Alejandro tuvo necesidad de proporcionarse cuatro testigos que declarasen que César era hijo del conde Fernando de Castilla: como se ve, el tal don Manuel Melchiori era un hombre precioso, puesto que supo representar el papel de padre con tanta gravedad como había hecho el de esposo.

En cuanto al casamiento de los dos bastardos, podemos decir que se celebró con todo esplendor, enriquecido con las dobles pompas de la realeza y de la Iglesia, y luego, como Alejandro VI había obtenido de los recién casados que habitarían cerca de él, el nuevo cardenal César Borgia se encargó de que su entrada y recepción en Roma fuese bien pomposa, pompa a la que Lucrecia, que gozaba de su padre un favor nunca visto en la corte de los papas, quiso realzar con todo el brillo que en sus manos estaba añadir. César salió a recibir a ambos jóvenes con una rica y magnífica escolta de señores y cardenales, mientras que Lucrecia los esperaba con las más bellas y nobles damas de Roma, en un salón del Vaticano, donde, de antemano, había sido preparado un trono para el papa, teniendo a sus pies cojines que debían ocupar Lucrecia y doña Sancha. De modo, dice Tommasi, que, a juzgar por el aspecto de la asamblea y por lo que en ella se hablaba, más bien se hubiera creído asistir a la audiencia magnífica y voluptuosa de algún rey de la antigua Asiria que al severo consistorio de un pontífice romano, el cual debe hacer que la santidad del nombre que lleva resplandece en todas cuantas acciones ejecuta. Pero—añade el mismo historiador—si la víspera de Pentecostés se pasó en esas dignas funciones, las ceremonias con que fué celebrada al siguiente día la fiesta de la venida del Espíritu Santo no fueron menos decentes según el espíritu de la Iglesia, a juzgar por lo que de ella dice el maestro de ceremonias en su diario cotidiano:

«El papa llegó a la basílica de los Santos Apóstoles, sentándose cerca de él, sobre el pupitre de mármol en donde los canónigos de San Pedro acostumbran cantar la Epístola y el Evangelio, Lucrecia, su hija, y Sancha, su nuera, rodeadas, para mayor vergüenza de la Iglesia y con gran escándalo del pueblo, de una multitud de damas romanas mucho más dignas de habitar el barrio de Mesalina que la ciudad de San Pedro.»

Así, pues, tanto en Roma como en Nápoles, la espera de una ruina próxima les tenía a todos adormilados, perdiendo de este modo el tiempo y gastándose el oro en vano humo de orgullo; y esto en tanto que los franceses, bien despiertos, sacudían ya las antorchas con que iban a incendiar a Italia.

En efecto, los propósitos de conquista de Carlos VIII no eran ya objeto de duda para nadie. El joven rey había enviado a los diversos Estados de Italia una embajada compuesta de Perrón de Baschi, de Briconnet, de d'Aubigny y del presidente del parlamento de Provenza. La misión de esta embajada sólo tenía por objeto pedir la cooperación de los príncipes italianos para hacer recobrar a la casa de Anjou sus derechos a la corona de Nápoles.

Los primeros a quienes esta embajada se dirigió fueron los venecianos, a los cuales pidió ayuda y consejo para el rey su amo. Pero los venecianos, fieles a su sistema político, que les valió el ser llamados los judíos de la cristiandad, respondieron que no podían prometer su ayuda al joven rey, por cuanto constantemente tenían que estar en guardia contra los turcos; y que en lo que se refería al consejo, creían que sería un exceso de presunción por parte de ellos dar su opinión a un príncipe al que generales tan experimentados y ministros tan avisados rodeaban.

Perrón de Baschi, en vista de la imposibilidad de obtener otra respuesta, retornó a Florencia. Pedro de Médicis lo esperaba en gran consejo, habiendo reunido para esta solemnidad no sólo a los Setenta, sino también a todos los gonfaloneros que habían tomado asiento en la *Señoría* durante los treinta y cuatro años últimos. La petición expuesta por el embajador de Francia fué: que la República permitiera al ejército francés el paso por sus Estados, y se comprometiera a proveerlo de todo lo necesario, mediante el pago al contado. La magnífica República con-

testó que, si Carlos VIII marchaba contra los turcos en lugar de marchar contra Fernando, le concedería todo cuanto deseaba; pero, estando ligada a la casa de Aragón por un tratado de alianza, no podía traicionarla concediendo al rey de Francia lo que pedía.

Entonces los embajadores se dirigieron a Siena. La pequeña República, asustada del honor que se le hacía al pensar en ella, contestó que su único deseo era permanecer neutral, y que considerándose demasiado débil para declararse de antemano en favor o en contra de rivales semejantes, se vería forzada, naturalmente, a inclinarse en favor de la parte más pujante. Providos de esta respuesta, que por lo menos tenía el mérito de la franqueza, los enviados del rey de Francia se dirigieron hacia Roma, y, conducidos ante el papa, le pidieron para su rey la investidura del reino de Nápoles.

El papa contestó que habiendo sus antecesores dado esa investidura a los príncipes de la casa de Aragón, él no podía retirársela sin un juicio que probara que la casa de Anjou tenía más derecho a ella que la que se le pedía desposeyera. Recordó entonces a Perrón de Baschi que, dependiendo Nápoles de la Santa Sede, únicamente al papa correspondía la elección de su soberano, y que, por consiguiente, atacar al que reinaba en aquel momento, era atacar a la misma Iglesia.

Como se ve, las gestiones de la embajada no prometían gran ayuda a Carlos VIII, por lo que éste resolvió contar solamente con su aliado Ludovico, y confiar todas las demás cuestiones a la fortuna de sus armas.

Por ese mismo tiempo se recibió la noticia del fallecimiento de Fernando, y esto lo fortificó más aún en esta resolución. El anciano rey, al regresar de una cacería, había sido atacado de una tos catarral, que lo puso en dos días en el último trance, falleciendo el día 25 de enero de 1494, a los setenta años de edad, después de un reinado de treinta y seis, sucediéndole en el trono su hijo Alfonso, que fué nombrado inmediatamente rey de Nápoles.

Fernando no había mentido a su título de dichoso, pues dejaba el mundo en el momento en que la fortuna iba a cambiar para su familia.

Alfonso había hecho ya sus primeras armas: había combatido con ventaja contra la República de Florencia

y la de Venecia, y había arrojado a los turcos de Otranto; además, era considerado tan sutil como su padre en la política tortuosa que tan en uso estaba a la sazón por las cortes de Italia; de suerte que abrigó hasta la esperanza de reunir a sus aliados, el enemigo con quien estaba en guerra, cuando llegaron hasta él las primeras pretensiones de Carlos VIII.

Nos referimos a Bayaceto II.

En consecuencia, envió ante ese príncipe a Camilo Pandone, uno de sus ministros de confianza, para hacer comprender al sultán otomano que la expedición de Carlos VIII a Italia no era más que un pretexto para aproximarse a sus conquistas mahometanas, y que, una vez en el Adriático, el rey de Francia solamente tendría que hacer uno o dos días de travesía para llegar a Macedonia, desde donde, por tierra, podía marchar hacia Constantinopla. En vista de eso, y para sostener sus intereses comunes, le encargaba que le proporcionase seis mil caballos y otros tantos infantes, cuyo sueldo prometía pagar mientras estuvieran en Italia. En Tarento se reunió al embajador francés el enviado del papa, Jorge Bucciarda, encargado por su parte, en nombre de Alejandro VI, de llamar a los turcos en su ayuda contra los cristianos. Sin embargo, mientras esperaba la contestación de Bayaceto, que podía tardar muchos meses, Alfonso expuso sus deseos de celebrar una entrevista con el papa y Pedro de Médicis, para en ella convenir las medidas que debían adoptar con respecto a lo más urgente. La cita se fijó en Vicovaro, cerca de Tívoli, y las tres partes interesadas se reunieron allí el día que de antemano se indicó.

Alfonso, que al salir de Nápoles había dejado dispuesto el empleo de sus fuerzas de mar y confiado a su hermano Federico el mando de una flota compuesta de treinta y cinco galeras, diez y ocho buques de alto bordo y doce bastimentos pequeños, con los que debía vigilar el puerto de Liorna y esperar allí la flota que Carlos VIII armaba en Génova, acudía a la entrevista, más que nada, para decidir con sus aliados la marcha de las operaciones de los ejércitos de tierra. Podía disponer inmediatamente, sin contar el contingente que debían proporcionarle sus aliados, de cien escuadrones de caballería gruesa, compuesto cada uno de veinte hombres, y de tres mil ballesteros y

jinetes de caballería ligera. Proponía, en consecuencia, avanzar inmediatamente por Lombardía, operar una revolución favorable para su sobrino Galeazzo, y arrojar de Milán a Ludovico antes de que pudiera recibir socorros de Francia, con el objeto de que el rey francés, al pasar los Alpes, se encontrase con un enemigo al que le sería preciso combatir, en vez de un aliado que le había prometido hombres, dinero y paso franco.

Esta proposición era, a un tiempo mismo, la de un gran político y un capitán atrevido; pero, como los reunidos habían acudido allí más que por el bien común, por sus propios intereses, Pedro de Médicis recibió el consejo con bastante frialdad, pues no le agradaba desempeñar en la guerra otro papel que el que estuvo a punto desempeñar en la embajada, y Alejandro VI, que contaba emplear las fuerzas de Alfonso por su propia cuenta, lo rechazó. Recordó, además, al rey de Nápoles que una de las condiciones de la investidura, que le había prometido, era arrojar al cardenal Julián de la Rovère de la ciudad de Ostia, y entregarle la plaza, conforme estaba convenido. Por otra parte, los favores que la embajada de Nápoles habían valido a Virgilio Orsini concitaron contra este favorito de Alejandro VI a Próspero y a Fabricio Colonna, a los cuales pertenecían casi todos los pueblos de los alrededores de Roma. Ahora bien, Alejandro VI no podía mantenerse de este modo entre enemigos tan poderosos, por lo que importaba muy mucho librarle de los unos y de los otros, teniendo en cuenta la necesidad de que el papa estuviera tranquilo, puesto que era el alma y la cabeza de una liga en la que los demás sólo eran el cuerpo y los miembros.

Aun cuando el rey de Nápoles hubiera discernido perfectamente los motivos de frialdad de Pedro de Médicis, y el papa no le hubiese dado ningún trabajo para averiguar los suyos, no por eso se vió menos obligado a acceder a la voluntad de sus aliados dejando al uno la defensa de los Apeninos contra los franceses, y ayudando al otro a desembarazarse de sus vecinos los romañolos. Para conseguirlo, apuró el sitio de Ostia, agregando a los doscientos hombres de armas del papa que mandaba Virgilio, una parte de la caballería ligera; este pequeño ejército debía situarse en los alrededores de Roma y mantener a